

### XIII

#### Las dos gotas de agua del duque de Richelieu

El duque de Richelieu salió á las cuatro y media de la casa de la calle de San Claudio.

Lo que había ido á hacer en casa de Bálamo se explicará fácilmente en lo que va á leerse.

El señor de Taverney había comido con su hija, pues la señora Delfina había dejado libre todo aquel día á Andrea para que ésta pudiese recibir en su cuarto á su padre.

Cuando estaban en los postres entró el señor de Richelieu, y como siempre era portador de buenas noticias, dijo que venía á anunciar á su amigo que el rey había declarado en aquella misma mañana que ya no se proponía dar á Felipe una compañía sino un regimiento.

Taverney manifestó estrepitosamente su alegría, y Andrea dió las gracias al mariscal con efusión.

La conversación se redujo á lo que debía reducirse después de lo que había pasado. Richelieu no cesó de hablar del rey, Andrea de su hermano y Taverney de Andrea.

Ésta anunció que estaba libre de todo servicio cerca de la Delfina: que S. A. R. recibía á dos princesas alemanas de su familia, y que, á fin de pasar algunas horas de libertad que le recordasen la corte de Viena, María Antonieta no había querido que estuviese á su

lado ninguna persona de la servidumbre, ni aun su dama de honor, circunstancia que había estremecido á madama de Noailles de tal manera, que había ido á echarse á los pies del rey.

Taverney decía que estaba encantado de ver á Andrea libre para hablar con ella de tantas cosas que interesaban á su fortuna y fama. Al oír esto, Richelieu manifestó su deseo de retirarse para dejar al padre y á la hija más á sus solas, pero tuvo que quedarse, porque Taverney no le permitió que se retirara.

Richelieu estaba en su momento de vena de moralidad; pintó con mucha elocuencia la desgracia en que había caído la nobleza de Francia, pues se veía obligada á soportar el ignominioso yugo de unas favoritas de casualidad, de unas reinas de contrabando, en vez de tener que incensar á las favoritas de otro tiempo, casi tan nobles como sus augustos amantes, á aquellas mujeres que reinaban sobre el príncipe por su hermosura y su amor, y sobre los súbditos por su nacimiento, por su talento y patriotismo leal y puro.

Andrea quedó sorprendida de encontrar tanta analogía entre las palabras de Richelieu y las que oía al barón de Taverney de algunos días á aquella parte.

Richelieu se engolfó en seguida en una teoría de la virtud, tan mordaz, tan pagana y tan francesa, que la señorita de Taverney se vió forzada á confesar que estaba muy lejos de ser virtuosa por el estilo de las teorías del señor de Richelieu, y que la verdadera virtud, según la entendía el mariscal, era la de madama de Chateauroux, de la señorita de Lavalliere y la señorita de Fosseuse.

De deducción en deducción, de prueba en prueba, Richelieu pasó á ser tan claro, que Andrea no entendió una palabra.

La conversación giró sobre este tema hasta las siete de la noche poco más ó menos.

À esta hora se levantó el mariscal, diciendo que tenía que ir á Versailles á hacer la corte al rey.!

Al ir y venir al aposento para coger el sombrero se encontró con Nicole, quien siempre tenía que hacer alguna cosa donde se hallaba el señor de Richelieu.

— Chica, le dijo éste tocándola en el hombro, acompáñame, porque quiero que me lleves un ramillete que madama de Noailles ha mandado coger en los jardines para enviarlo á la señora condesa de Egmont.

Nicole se inclinó como las aldeanas de las óperas cómicas de Rousseau.

En seguida el mariscal se despidió del padre y la hija, dirigió á Taverney una mirada significativa que éste le devolvió, hizo á Andrea una reverencia propia de un joven, y salió.

Si el lector nos lo permite, dejaremos que el barón y Andrea hablen del nuevo favor concedido á Felipe, y seguiremos al mariscal, pues éste será el medio de que sepamos lo que fué á hacer en la calle de San Claudio, á donde llegó, como también recordará el lector, en momento tan terrible.

Por otra parte, la moral del barón dejaba muy atrás la de su amigo el mariscal, y podría suceder asustase á oídos que por no ser tan puros como los de Andrea entendiesen algo más que esta cándida joven.

Richelieu bajó la escalera apoyado en el hombro de Nicole, y así que llegó con ella al patio dijo, parándose y mirándola de hito en hito :

— ¡ Ah ! picarueta. ¿ conque tenemos novio ?

— ¡ Yo, señor mariscal ? exclamó Nicole ruborizándose y dando un paso hacia atrás.

— ¡ Hum !... Á no ser que tú no te lleses Nicole Legay... dijo el mariscal.

— Sí tal, señor duque.

— Pues bien, Nicole Legay tiene un novio.

— ¡ Vaya una aprehensión !

— Sí á fe mía, cierto picarueta no mal parecido á quien recibía en la calle de Coq-Herón y que ha venido siguiéndola hasta las cercanías de Versailles.

— Señor duque, os juro....

— Una cosa así como exento, que se llama... ¿ Quieres que te diga cómo se llama el novio de Nicole Legay ?

À Nicole no le quedaba más esperanza sino que el duque ignorase el nombre de aquel afortunado mortal, de suerte que contestó :

— Decidlo, señor mariscal, ya que estáis tan bien enterado.

— Se llama Beausire, repitió el mariscal, y por cierto que no desmiente el apellido que lleva.

Nicole juntó las manos afectando una gazmoñería de que el mariscal no hizo maldito caso.

— Según parece le damos citas en Trianón, y esto es muy grave tratándose de un sitio real : algunos han sido expulsados por andarse en malos pasos, hija mía, y el señor de Sartines envía á la Salpetriere á todas las chicas expulsadas de los sitios reales.

Nicole empezó á alarmarse.

— Monseñor, dijo, os juro que si el señor de Beausire se jacta de ser mi novio, es un tonto y un pícaro, porque de veras os digo que estoy inocente.

— No digo que no, contestó Richelieu ; pero has dado citas, ¿ sí ó no ?

— Señor duque, una cita nada prueba.

— Has dado citas, ¿ sí ó no ? Responde.

— Monseñor....

— Las has dado, muy bien ; no te crítico por eso, hija mía : además, me gustan las chicas que son gua-

pas y hacen circular su hermosura, y siempre he ayudado lo mejor que he podido á que circulen; pero como amigo y protector tuyo que soy, te lo advierto por caridad.

— ¿Conque me han visto? preguntó Nicole.

— Sin duda, puesto que yo lo sé.

— Monseñor, es imposible que me hayan visto, replicó Nicole con tono firme.

— No lo sé, pero corren voces de que sí, y eso no honra mucho á tu ama; y ya conoces, que siendo como soy más amigo aun de la familia Taverney que de la familia Legay, es un deber de mi parte decir al barón dos palabras acerca de lo que pasa.

— ¡Ah! monseñor, exclamó Nicole asustada con el giro que tomaba la conversación, me vais á perder! Aunque estoy inocente, me despedirán por las simples sospechas.

— Pues bien, pobre chica, te despedirán; porque á estas horas no sé qué mal intencionado, habiendo maliciado de esas citas á pesar de toda su inocencia, ha ido á avisar á madama de Noailles.

— ¡Á madama de Noailles! ¡gran Dios!

— Sí, ya ves que la cosa se pone seria.

Nicole juntó las manos con desesperación.

— Bien conozco que es una desgracia, prosiguió Richelieu, pero ¿cómo diablos quieres remediarlo?

— Y vos que me acabáis de decir eraís mi protector, y que me habéis probado que lo eraís, ¿no podéis protegerme? preguntó Nicole con la maligna astucia de una mujer de treinta años

— ¡Pardiez, si puedo!

— Y bien, monseñor...

— Sí, pero no quiero.

— ¡Oh! señor duque.

— Sí, bien sé que eres guapa, y tus hermosos ojos

me dicen muchas cosas, pero yo me voy quedando un poco ciego, mi pobre Nicole, y ya no comprendo el lenguaje de los ojos hermosos. En otro tiempo, te hubiera ofrecido un asilo en el pabellón de Hanóver, pero hoy ¿de qué serviría ese asilo? Ni aun serviría para charlar.

— Sin embargo ya me habéis llevado al pabellón de Hanóver, dijo Nicole con despecho.

— ¡Ah! muy mal haces, Nicole, en reconvenirme por haberte llevado á mi pabellón, puesto que sólo lo hice por servirte; porque, al cabo, debes confesar que sin el agua del señor Rafté que te ha convertido en una morena hermosa, no habrías entrado en Trianon; aunque, verdad es que quizá valía más no haber entrado que el ser arrojada de él; pero díme, ¿por qué diablos das citas al señor de Beausire, y mucho menos en la verja de las caballerizas?

— ¿Conque también sabéis eso? dijo Nicole, quien conoció que era preciso variar de táctica y ponerse enteramente á discreción del mariscal.

— ¡Vaya si lo sé! y también lo sabe madama de Noailles. Mira, para esta noche tienes también una cita.

— Verdad es, señor duque, pero os juro á fe de Nicole que no iré.

— Es claro que no irás, porque estás prevenida; pero el señor de Beausire que no lo está, irá y lo atraparán, y como es natural que no quiera pasar por un ladrón y que lo ahorquen, preferirá decir, tanto más cuanto que la cosa no es desagradable de confesar: «Dejadme, que soy el amante de Nicole.»

— Señor duque, voy á mandar que le avisen.

— Es imposible, pobre niña, y ¿por quién vas á hacer eso? ¿Por el que quizá te haya denunciado?

— ¡Ay! es verdad, dijo Nicole, echándosela de desesperada.

— ¡ Qué bello es el remordimiento ! exclamó Richelieu.

Nicole se tapó el rostro con las manos, dejando pasar bastante luz entre sus dedos para no perder un gesto ni una mirada de Richelieu.

— En verdad que eres adorable, dijo el duque, á quien no se le escapaba ninguna de esas astucias femeninas ; ¡ que no tuviera yo cincuenta años menos ; Pero no importa, ¡ voto á cribas ! Quiero sacarte del apuro, Nicole.

— ¡ Oh ! señor duque, si hacéis lo que decís, contad con mi gratitud.

— Nada quiero, Nicole ; voy á hacerte un servicio sin exigir interés, al contrario.

— ¡ Ah ! eso es muy bueno de parte vuestra, monseñor, y os doy las gracias con todo mi corazón.

— También tienes que dárme las ; espera, ¡ voto al diablo ! á saber lo que aun ignoras.

— Para mí todo está bien, señor duque, con tal que la señorita Andrea no me despida.

— ¡ Ah ! ¡ conque tanto interés tienes en permanecer en Trianón ?

— Más que nada en el mundo, señor duque.

— Pues bien, niña bonita, borra ese punto de tu libro de memoria.

— ¡ Y si no se me descubre, señor mariscal ?

— Descúbrante ó no, tendrás que marcharte.

— ¡ Oh ! ¡ y por qué ?

— Voy á decírtelo ; porque si te descubre madama de Noailles, no hay nadie que pueda valerte, ni aun el mismo rey.

— ¡ Ah, si yo pudiera ver al rey

— ¡ No faltaba más que eso ¡... En segredo lugar, si no te descubren, yo seré quien te haga marchar.

— ¡ Vos ?

— Y al instante.

— En verdad, señor mariscal, que no lo entiendo.

— Pues es tan cierto como que me llamo Richelieu.

— ¡ Pero y vuestra protección ?

— Si no la quieres, aun es tiempo ; dí una palabra y se acabó.

— ¡ Oh ! si tal, señor duque ; al contrario, la quiero.

— En ese caso te la concedo.

— ¡ Y qué ?

— ¡ Y qué ? que haré lo que he dicho. Oyeme.

— Hablad, monseñor.

— En vez de dejar que te despidan y encarcelen, te haré libre y rica.

— ¡ Libre y rica ?

— Sí.

— ¡ Y qué es necesario hacer para ello ? decílo pronto, señor mariscal.

— Casi nada.

— Pero algo será.

— Lo que voy á mandarte.

— ¡ Es cosa muy difícil ?

— U a bicoca.

— ¡ Conque hay algo que hacer ? dijo Nicole.

— Pues es claro ; vive Dios ! Ya sabes, Nicole, que la divisa de este mundo es : amor con amor se paga.

— ¡ Y lo que hay que hacer es por mí ó por vos ?

El duque miró á Nicole.

— ¡ Cuidado si es astuta la tunantuela !

— En fin, decílo de una vez, señor duque.

— Pues bien, es por tí, respondió como un valiente.

— ¡ Ah ! ah ! dijo Nicole, quien comprendiendo que el mariscal la necesitaba dejó de temerle, y cuya ingeniosa imaginación procuraba descubrir la verdad en medio de los rodeos con que acostumbraba envolverla

su interlocutor, ¿qué es lo que debo hacer por mí, señor duque?

— Helo aquí : ¿no tiene que venir el señor de Beausire á las siete y media ?

— Sí, esa es la hora, señor mariscal.

— Ya son las siete y diez minutos.

— Es verdad.

— Si yo quiero, lo prenden.

— Sí, pero vos no lo queréis.

— No ; irás á buscarle, y le dirás.....

— ¿ Qué le diré ?

— Pero, ante todas cosas, dime, ¿amas á ese muchacho, Nicole ?

— Supuesto que le doy citas.

— Esa no es una razón ; puedes querer casarte con él ; ¡ las mujeres tienen unos caprichos tan raros !

Nicole soltó una carcajada.

— ¿ Yo casarme con él ? dijo. ¡ Ja, ja, ja !

Richelieu se quedó estupefacto, porque ni aun en la corte había encontrado muchas mujeres de aquel carácter.

— Y bien, sea así ; no quieres casarte con él ; pero entonces le amas, y tanto mejor.

— Bien está. Supongamos que amo al señor de Beausire, y saltemos á otra cosa.

— ¡ Demonio ! ¿ cómo te gusta saltar !

— Sin duda ; ya comprendéis qué es lo que me interesa.

— Y bien.

— Lo que me interesa es saber lo que tengo que hacer.

— Primero digo que ya que lo amas, te fugarás con él.

— ¡ Diantre ! si os empeñáis en eso, preciso será hacerlo.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! yo no me empeño en nada. Aguarda un momento, chiquita.

Nicole vió que iba muy de prisa, y que no conocía aun el secreto ni tenía el dinero de su rudo antagonista, por consiguiente se doblegó, con la intención de levantarse más tarde.

— Monseñor, dijo, aguardo vuestras órdenes.

— Pues bien ; ve á buscar al señor de Beausire, y dile : « Nos han descubierto ; pero yo tengo un protector que nos salva, á ti de San Lázaro, y á mí de la Salpetriere. »

Nicole miró á Richelieu.

— ¿ Nos marchamos ? repitió.

Richelieu comprendió aquella mirada tan sagaz y expresiva, y dijo :

— ¡ Pardiéz ! se entiende, yo costeo los gastos.

Nicole no pidió más explicaciones ; pues cuando la pagaban, preciso era que lo supiese todo.

El mariscal comprendió el silencio de Nicole, y se apresuró á instruirla acerca de cuanto tenía que decir, como se apresura uno á pagar cuando ha perdido, para no sentir después el disgusto de la paga.

— ¿ Sabes en lo que estás pensando, Nicole ? dijo.

— Á fe mía que no, respondió la joven ; pero vos, señor mariscal, que sabéis tantas cosas, apuesto á que lo habéis adivinado.

— Nicole, dijo el duque, estás pensando en que si te fugas, podrá tu ama necesitarte casualmente durante la noche y llamarte, y si no te halla, dar la alarma y exponerte á que te atrapen.

— No, dijo Nicole, no pensaba en nada de eso, porque, bien reflexionado todo, señor mariscal, ya veis, prefiero quedarme aquí.

— ¿ Y si prenden al señor de Beausire ?

— Y bien, que le prendan.

— ¿Pero y si confiesa?

— Que confiese.

— ¡Ah! entonces te pierdes, dijo Richelieu con inquietud.

— No, porque la señorita Andrea es buena, y como me quiere en el fondo, hablará al rey en mi favor, y si hacen algo al señor de Beausire, á mí no me harán nada.

El mariscal se mordió los labios.

— Pues yo te digo, Nicole, que eres una tonta, repuso el duque; que la señorita Andrea no está bien con el rey, y que ahora mismo voy á hacer que te echen mano si no me escuchas como quiero que me escuches, ¿lo oyes, viborezno?

— ¡Oh! ¡oh! monseñor, mirad que ni tengo chata la cabeza ni me apuntan cuernós en la frente; escucho, pues, pero con reserva.

— Bien, con eso irás á arreglar tu plan de fuga con el señor de Beausire.

— Pero, ¿cómo queréis que me exponga á huir, señor mariscal, cuando vos mismo habéis dicho que puede despertar la señorita, preguntar por mí, llamarme? ¿qué sé yo? una porción de cosas en que al principio no había pensado, pero que vos habéis previsto; vos, monseñor, que sois hombre de experiencia.

Richelieu se mordió los labios por segunda vez, pero con más fuerza que la primera.

— Pues bien, tunantuela, si he pensado en eso, también he pensado en el medio de evitarlo.

— ¿Y cómo impediréis que mi señorita me llame?

— Impidiendo que se despierte.

— ¡Bah! y despierta diez veces en la noche.

— ¿Si tendrá la misma enfermedad que yo, dijo Richelieu con calma.

— ¿Que vos? repitió Nicole riéndose.

— Sin duda, puesto que también despierto diez veces; sólo que yo tengo un remedio para esos insomnios. Que haga, pues, lo mismo que yo, y si no lo hace, hazlo tú por ella.

— ¿Y qué es ello, monseñor? dijo Nicole.

— ¿Qué toma tu ama por la noche antes de acostarse?

— ¿Que qué toma?

— Sí, hoy es moda evitar de este modo la sed, y unos toman naranjada ó agua de limón, otros agua de toronjil, otros.....

— Mi señorita sólo bebe de noche antes de acostarse un vaso de agua clara, algunas veces con azúcar, y cuando está atacada de los nervios le echa unas gotas de azahar.

— ¡Oh! lo mismo que yo, dijo Richelieu; pues bien, mi remedio le va á sentar perfectamente.

— ¿Cómo es eso?

— Sin duda; yo echo una gota de cierto licor en mi bebida, y toda la noche la paso durmiendo.

Nicole trataba de adivinar á dónde iría á parar el mariscal con aquella diplomacia.

— ¿No respondes? dijo éste.

— Estoy pensando que mi señorita no tiene vuestra agua.

— Yo te la daré.

— ¡Ah, ah! dijo Nicole allá para sí penetrando al fin aquellas tinieblas.

— Como eches dos gotas en el vaso del ama, dos gotas, ¿lo oyes? ni más ni menos, dormirá toda la noche y no te llamará, teniendo tú de consiguiente tiempo para huir.

— ¡Oh! si todo se reduce á eso, no es muy difícil hacerlo.

— ¿Conque echarás las dos gotas, eh?

— Ciertamente que sí.

— ¿Me lo prometes?

— ¡No lo he de prometer, si está en mi interés echarlas! dijo Nicole; y luego encerrará además á mi señorita tan bien.....

— No, dijo Richelieu con presteza. Eso es justamente lo que no debes hacer; al contrario, dejarás abierta la puerta de su cuarto.

— ¡Ah! exclamó Nicole con una explosión interior.

Richelieu conoció perfectamente que Nicole comprendía de lo que se trataba.

— ¿Y no hay más que hacer que eso? preguntó Nicole.

— Nada más. Ahora puedes ir á decir á tu exento que arregle su maleta.

— Desgraciadamente no necesito decirle que no olvide la bolsa.

— Ya te he dicho que eso queda de mi cuenta.

— Sí, recuerdo que monseñor ha tenido la bondad de.....

— ¿Cuánto necesitas? Veamos.

— ¿Por qué?

— Por derramar esas dos gotas de agua.

— Por derramar esas dos gotas de agua, nada, monseñor, puesto que me aseguráis que las derramo en interés mío, y no sería justo que pagaseis mi interés; pero por dejar abierta la puerta de mi señorita... ¡Oh! os prevengo, monseñor, que necesito una suma redonda.

— Acaba, di qué suma.

— Necesito veinte mil francos, monseñor.

Richelieu se estremeció, y dijo exhalando un suspiro:

— Nicole, tú irás lejos.

— Preciso será, monseñor, porque principio á creer, como vos, que me perseguirán; pero con vuestros veinte mil francos ya andaré mucho camino.

— Vé á avisar al señor de Beausire, Nicole, y en seguida te entregaré el dinero.

— El señor de Beausire es muy incrédulo, monseñor, y no dará crédito á lo que diga, si no le doy pruebas.

Richelieu sacó de su bolsillo un puñado de billetes del tesoro, y dijo:

— Ahí tienes á cuenta, y en este bolsillo hay cien luises de oro.

— Monseñor formará su cuenta y me entregará lo que me reste después que yo haya hablado al señor de Beausire.

— ¡No, vive Dios! Quiero hacerlo ahora mismo, por que eres una muchacha económica, y esto te ha de atraer felicidad.

Y Richelieu completó la suma prometida en billetes del tesoro, luises y medios luises.

— Vamos, ¿está completa la suma?

— Ya lo creo, respondió Nicole; ahora, monseñor, me falta lo principal.

— ¿El licor?

— Sí, ¿monseñor tiene un frasquito?

— Tengo el mío que siempre traigo conmigo.

Nicole se sonrió, y dijo:

— Además todas las noches se cierra Trianón, y yo no tengo llave.

— Pero yo, como gentilhomme, tengo una.

— ¡Ah! ¿de veras?

— Aquí la tienes.

— ¡Qué bien sale todo! Cualquiera diría que es una sarta de milagros! Ahora, señor duque, adiós.

— ¿Cómo adiós?

— Seguramente; no volveré á ver a monseñor, supuesto que debo huir cuando la señorita esté en el primer sueño.

— Tienes razón; adiós, Nicole.

Y Nicole, riéndose para su capote, desapareció en las tinieblas que empezaban á condensarse.

— He logrado otra vez mis intentos, dijo Richelieu, pero se diría en verdad que la fortuna principia á hallarme demasiado viejo y me sirve de mala gana. He sido batido por esta chicuela ; pero ¿ qué importa si yo devuelvo los golpes ?

## XIV

## La fuga

Nicole era una muchacha concienzuda, había recibido el dinero del señor de Richelieu, y lo había recibido de antemano, y preciso era corresponder á esa confianza ganándolo.

Al efecto corrió á la verja, á donde llegó á las siete y cuarenta minutos en lugar de las siete y media, y como el señor de Beausire, habituado á la disciplina militar, era un hombre exacto, hacía diez minutos que estaba esperando.

Hacia también como unos diez minutos que el señor de Taverney se había separado de su hija, y que por consiguiente había quedado sola Andrea. Así que se vió sola, la joven corrió las cortinas.

Gilberto miraba, ó más bien, según su costumbre, devoraba á Andrea desde su buhardilla, sólo que sería difícil decir si las miradas que fijaba en la joven eran de amor ó de odio.

Corridas las cortinas, Gilberto nada podía ya ver, por consiguiente dirigió la vista hacia otro lado, y entonces percibió el plumero del señor de Beausire, y reconoció que se paseaba silbando una canción para distraer el fastidio de la espera.

Al cabo de diez minutos, esto es, á las siete y cuarenta minutos, apareció Nicole, quien cambió algunas palabras con el señor de Beausire, éste hizo un movi-